

ARTURO PÉREZ-REVERTE

Alfaguara. Barcelona, 2019

376 páginas. 20,90 €. Ebook: 10,44 €

Al lector común, no a los que debemos mirar más lejos por oficio, le debe de parecer Arturo Pérez-Reverte (Cartagena, 1951) un escritor en extremo disperso. Alguien que salta de las guerras napoleónicas en *El húsar*; anuncio de un narrador privilegiado, al Siglo de Oro con las andanzas de un espadachín; que lo mismo recrea los narcocorridos mexicanos que el viaje de unos académicos ilustrados españoles a Francia para traer la Enciclopedia; que da vida tanto a un grafitero como a un espía franquista. El presumible desconcierto se le acrecentará ahora al ver que se sumerge en la alta Edad Media en un libro cuyo título, *Sidi*, remite, sin necesidad de mayores aclaraciones, a un personaje emblemático de la historia nacional.

Tal impresión a primera vista es errónea y Pérez-Reverte

resulta ese autor por completo coherente y hasta unitario que el profesor de Edimburgo Alexis Grohmann ha mostrado en un iluminador libro reciente, *Las reglas del juego*. Podría decirse que toda la obra del escritor conforma una narrativa de

valores—los hay en los libros aludidos con intensidad y hasta vehemencia—incorporados sin impertinentes moralizaciones ni didactismos al vértigo de sucesos y anécdotas de una prosa de acción y aventuras.

También *Sidi* es una nove-

la de valores. Ahora con un reto preliminar para el autor: el personaje histórico-legendario carga en su mochila el nada leve peso del símbolo. A veces de mito patriótico y nacional. Nadie recuerda, por suerte, el engendro teatral que el jesuita Ra-



@JEOSM

“El archivo presupone un archivista”, reza la cita de Arlette Farge que abre *Desierto sonoro*, la nueva novela de Valeria Luiselli (Ciudad de México, 1983). Es una buena forma de presentar un texto ambicioso, abundante en capas y estrategias, preocupada

por la pregunta acerca del lugar de enunciación. A grandes rasgos, Luiselli abre un archivo familiar almacenado en siete cajas y, con el material sobre la mesa, propone dos historias y tres puntos de vista: la crisis de un matrimonio con dos hijos concebidos con otras parejas se explica a través de la madre y del chico de diez años; el viaje terrible de unos niños migrantes

Desierto sonoro

VALERIA LUISELLI

Sexto Piso. Barcelona, 2019

464 páginas. 22,90 €

nos transporta por un viaje de carretera al interior de la Norteamérica dura, luego pasará al denso paisaje de la selva para desembocar en el poderoso, baldío y casi metafísico territorio del desierto. Solo falta añadir un confeso componente intertextual (“la intertextualidad me interesa como método o procedimiento compositivo”, dice la autora en una nota) que

como polizones de un tren descomunal se lee en tercera persona. Entre estos elementos se producen analogías, paralelismos y cruces que hacen del libro una exhibición de solidez estructural, con tonalidades cambiantes: si durante un buen rato

mezcla referencias fértiles (Andrzejewski) con otras acaso un poco cliché (el dinosaurio de Monterroso...), y ya hemos acertado a sintetizar *Desierto sonoro*, cuyas 460 páginas hablan de pérdida, desaparición, frontera, tiempo, otredad y fijación.

Pero mencioné el “lugar de enunciación”. Marido y mujer son documentalistas, cada uno con sus propias preocupaciones: él persigue el espíritu de la apachería, esos hombres y mujeres que fueron los últimos seres en verdad libres del continente (la reciente *Ahora me rindo y eso es todo*, de Álvaro Enrigue, también apelaba a ese mundo y a figuras como Gerónimo, en mi opinión más farragosa); ella quiere recordar o documentar o salvar a los niños “perdidos” que atraviesan la frontera sin familiares que los protejan. Como el mismo texto hace ex-



món Cué perpetró en los años cuarenta, *Y el Imperio volvía*, en el que El Cid le hacía solemne entrega a Franco de la Tizona. Por otra parte, el estudioso Cesáreo Bandera sostuvo una hipótesis que identifica la imagen mayestática del héroe medieval con Cristo. Varias interpretaciones más convierten al infanzón de Vivar en un icono múltiple.

La primera precaución de Pérez-Reverte ha sido despegar a su Sidi de toda la parafernalia alegórica que lo rodea, pero sin desnudarlo por completo porque entonces el Cid habría quedado reducido a un cualquiera, y ni fue ni puede venderse como un guerrero corriente. Se nos muestra en un terreno específico, el de la privacidad, el caballero que sufre la injusticia real y, en compañía de sus deudos, afronta una vida de penurias. Inteligente, perspicaz y bravo, tiene primero que solventar el presente. Permite el engaño a unos judíos avariciosos (no se anda Pérez-Reverte con

minucias eruditas que habrían anestesiado la historia: ni siquiera menciona por su nombre a Raquel e Vidas). Pelea con ejemplar denuedo. Y resulta humano al verse tentado por la hermana del rey moro de Zaragoza, seducción que no figura en el famoso *Cantar*.

Pérez-Reverte aplica al Cid un tratamiento desmitificador del que sale, sin embargo, la imagen rotunda de un héroe de frontera, un mercenario, aureolado de virtudes sobresalientes. No traza todo su recorrido histórico, solo unos pocos meses posteriores a su expulsión de Castilla. Tiempo suficiente para que el personaje revele sus cualidades. Para que veamos en él la mezcla de pundonor y abnegación. De bonhomía. También de brutalidad. Traza el autor límites justos para que convivan lo excepcional y lo cotidiano, el ser arcano e inaccesible y el próximo a los suyos por

compartir con ellos penalidades y riesgos.

Así va delineando Pérez-Reverte la estampa del héroe que desemboca, al fin, en su propósito literario habitual: proponer un tipo asociado a un valor,

**LA PLENITUD DEL ARTE DE
NARRAR A PARTIR DE UN
LÉXICO ACTUAL COLOREADO
CON VOCES ANTIGUAS ASE-
GURA UN MAGNÍFICO RELATO,
DEL TODO REVERTIANO**

como ya he dicho. Dignidad, esfuerzo, rectitud, sentido práctico, principios firmes serían las notas principales que definen a su personaje. Un modelo del pasado, aunque, como ocurre en la buena novela histórica, con efectividad y proyección actuales. No quisiera frivolar esta imagen cidiana, pero podría

aplicarse a este Cid novelesco un concepto de nuestros días: en *Sidi* tenemos a un emprendedor competente.

Nunca cae, sin embargo, Pérez-Reverte en el modelo abstracto. Como el resto de sus novelas, *Sidi* muestra una concreción absoluta. Con tal rasgo se impregna a la amplia galería de personajes, a cristianos, moros, amigos y enemigos. No son seres imaginarios planos, responden a un prurito de caracterización, psicológica y externa, que los individualiza suficientemente. El marco histórico posee una plasticidad máxima por la intuitiva selección de los materiales históricos y costumbristas más oportunos para recrear una época terrible. La plenitud del arte de narrar a partir de un léxico actual coloreado con voces antiguas asegura un magnífico relato, del todo revertiano, placentero y nada inocente: el autor apuesta por un modelo moral y de comportamiento. **SANTOS SANZ VILLANUEVA**



SEXTO PISO

plícito, aquí todo el mundo ha desaparecido o está en trance de desaparecer, incluso unos Estados Unidos empeñados en no entender “la migración sencillamente como una realidad nacional”. Al mismo tiempo, ninguna desaparición sucede sin dejar un rastro. “Las historias son un modo de sustraer el futuro del pasado, la única forma de encontrar la claridad en retrospectiva”, leemos, y esta es una de las muchas respuestas precarias que la novela va dando a la duda sobre la legitimidad de registrar, abanderar, ficcionalizar el drama del refugiado. Preocupada por ponerse al servicio de una realidad urgente sin renunciar a ser una obra poliédrica, literaria e imaginativa, *Desierto sonoro* encuentra en el paisaje (árboles, águilas, rotulación yanqui, etc.) un elemento compartido entre vidas cuyas cir-

cunstancias son ferozmente opuestas. Y aunque hay una decisión fundamental al final del libro que no estoy nada seguro de considerar oportuna o bien resuelta (“bien resuelta” equivaldría a que estuviera libre de melodrama), tanto el camino hasta llegar ahí como la breve proyección hacia el futuro que le sucede sí se muestran a la altura de la autoexigencia inicial.

Como he insinuado entre paréntesis, el cortocircuito dramático es uno de los peligros que acecha a esta novela; la caída en el consenso de la buena conciencia pudo ser otro. Por suerte, Luiselli no cita a Gloria Anzaldúa, la pensadora por excelencia de la frontera, en vano. Su rigor y la potencia de sus voces narrativas, especialmente la infantil, convierten *Desierto sonoro* en un libro notable. **NADAL SUAU**